



CONAMA10
CONGRESO NACIONAL
DEL MEDIO AMBIENTE

COMUNICACIÓN TÉCNICA

La formación de los educadores ambientales

Autor: Federico Velázquez de Castro González

Institución: Asociación Española de Educación Ambiental

e-mail: fvcg@congresoeducacionambiental.com

RESUMEN

La educación ambiental es una herramienta imprescindible en el camino hacia la sostenibilidad. Así se reconoció en la Cumbre de Río de 1992, y así se está enfocando en los programas actuales, que buscan formar personas críticas y comprometidas, capaces de llevar estilos de vida sostenibles y de participar en iniciativas socioambientales que se encaminen hacia modelos más justos y responsables. Para esta tarea se necesitan educadores (para lo que, en su momento, se diseñaron estrategias específicas, como la de Moscú de 1987), capaces de estar en todos los ámbitos, tanto formales como no formales, con el objetivo de dar a los mensajes ambientales la máxima proyección. Para ello, desde la Asociación Española de Educación Ambiental se desarrollan, desde el inicio de la década, programas de Formación de Educadores Ambientales, en las que esta disciplina se presenta como una respuesta a la situación actual de crisis por la que atraviesa el planeta y en donde la educación es una vía de intervención, no la única, pero tan necesaria como las demás. Promovemos una educación en valores, dirigida a todos los contextos, en donde lo social y lo ambiental vayan unidos, y en donde interesa la acción individual y colectiva a través del compromiso en asociaciones, para que nuestras propuestas sean más eficaces y para contribuir a la vertebración de la sociedad civil.

Palabras Clave: educación ambiental; asociaciones; valores, sostenibilidad.

Dentro de un contexto de crisis ambiental generalizada, la educación se ha revelado como una de las estrategias imprescindibles de intervención. Así se confirmaría en la Cumbre de Río de 1992, al proponerla como camino necesario hacia el desarrollo sostenible, pero ha sido también una exigencia en la evolución de los conflictos ambientales. Muy vinculados, desde su inicio a la industria o a focos contaminante específicos, han ido extendiéndose hasta alcanzar a todo el planeta a través de impactos globales, en donde las fuentes son mucho más difusas, llegando a implicar a la ciudadanía en su conjunto. Sin duda la industria sigue contaminando, pero lo hace también el consumo, el transporte, la vivienda, la generación de energía..., campos en los que toda la población está envuelta y de cuyas prácticas depende en gran medida la calidad ambiental del entorno.

Educar ambientalmente es, por tanto, una necesidad si pretendemos alcanzar un futuro sostenible. La educación no es, ni debe pretenderlo, una vía excluyente, pues la actuación desde niveles políticos, económicos y sociales sigue siendo necesaria. Aunque con un carácter complementario en sus inicios, va cobrando un protagonismo mayor, en especial si se tiene en cuenta que desde esos otros niveles superestructurales no siempre se hace lo que se debe (ni con la rapidez necesaria). Por el contrario, la crisis ambiental tiene unos responsables, y detrás de este modelo de desarrollo se encuentran intereses que incitan al consumo continuo, dentro de una sociedad pasiva, uniforme y desideologizada. Grandes corporaciones relacionadas con jugosos negocios, sean automovilísticos, petroleros o alimentarios, no simpatizan mucho con presupuestos ambientales, y a través de su influencia, obstaculizan o retrasan medidas que deberían ser urgentes, dejando así a la sociedad civil como verdadera protagonista del compromiso de los ciudadanos por la sostenibilidad y la justicia.

En síntesis, tanto por el carácter global de los problemas ambientales, en los que la propia población está implicada a través de sus hábitos cotidianos, como por la tibieza del poder político en la toma de decisiones, la educación ambiental se convierte en un importante instrumento para crear cultura y fortalecer la sociedad civil a través de ciudadanos concienciados y organizados. Para tal propósito se precisan educadores, personas preparadas que no sólo lleven mensajes y contenidos, sino que sean capaces de motivar a los demás para que también eduquen y continúen la cadena formativa llevándola hacia todos los sectores sociales.

Una de las líneas a las que la *Asociación Española de Educación Ambiental* viene contribuyendo desde 2005, es a la formación de educadores ambientales, con una metodología propia en donde la conciencia adquiere un papel relevante. No ignoramos que al abrigo del adjetivo “ambiental”, que tanto vende y tan bien suena, se han venido realizando experiencias y se han constituido empresas, que practican lo que la profesora Martín Molero llamaba “folklore ambiental”, es decir, actividades lúdicas o de conocimiento del medio que no pueden considerarse educativas por su falta de

preparación y continuidad, ni concienciadoras, por cuanto no cuestionan el modelo dominante, dando lugar a que los asistentes sólo jueguen y se entretengan. Quizás por este motivo nuestra Asociación no ha sido muy reivindicativa con la profesionalización del educador ambiental, pues no olvidamos que el principal objetivo de esta disciplina, reconocido desde la Carta de Belgrado de 1975, es generar conciencia, y ésta difícilmente puede avalarla una institución pública. Se puede preparar a un buen músico o a un buen matemático, pero ¿quién puede garantizar que un profesional de la educación ambiental está suficientemente concienciado y comprometido? Porque tener muchos conocimientos ambientales, llegando incluso a ser un experto, no garantiza competencias en educación ambiental.

Un programa de formación debe partir del análisis de la actual crisis ambiental. Según el tiempo del que se disponga, se puede profundizar más o menos en el perfil de esta crisis, conociendo mejor los impactos que la constituyen. Mas, finalmente, se debe reconocer el panorama crítico y preocupante que viene configurado por la existencia de problemas globales, de rápida evolución y de elevada persistencia. El término “crisis” es apropiado, porque nos sitúa en un contexto del que se derivan varias posibilidades. Debe excluirse cualquier consideración catastrofista, ya que no es ésta la única salida, de modo que sin negar que pudiéramos vernos abocados a una situación irreversible, hay también otras opciones más esperanzadoras que pueden alcanzarse siempre que trabajemos por ellas, y desde esta perspectiva debemos orientarnos, pues aún estamos a tiempo, muchas situaciones pueden revertirse y un futuro mejor es posible. Aunque, insistimos, para ello debemos actuar.

La educación ambiental aparece así como una de las vías de intervención en la crisis, para contribuir a encaminarla hacia escenarios sostenibles y esperanzadores. Para ello debe jugar su papel interpretativo, sabiendo mostrar la explicación a lo que acontece, en donde aparecerán causas inmediatas y lejanas, vinculadas estas últimas con el modelo económico de desarrollo; promoviendo valores y generando habilidades para la participación en la vida pública.

Ampliando más estos últimos puntos, habrá que analizar el término de educación ambiental para distinguir las dos palabras que lo constituyen y apreciar que la que le imprime significado es el sustantivo. Nadie espere entonces sorpresas, porque formar en educación ambiental es hacerlo en educación, es decir, aquello que constituye a los seres humanos y los hace llegar a ser tales. Sacar fuera –educare- llegar a ser quien se es (Fichte) y saber llevar las riendas de la propia vida, en palabras de Giner. La verdadera educación incluye la ambiental, como el propio Giner de los Ríos tan bien supo entender: cuando en los estatutos y programas de la Institución Libre de Enseñanza la naturaleza ocupaba un lugar destacado, lo hacía por todo lo que ella podía enseñar y lo que podía contribuir a la educación integral y la formación del carácter. Además, la educación se sustenta en valores, y su enseñanza es parte primordial en nuestra disciplina.

Existen valores genuinamente ambientales y otros que, siendo generales, pueden ser perfectamente aplicados a esta área. Así, la *responsabilidad* nos coloca ante uno de los principios humanos más importantes, que no sólo debe ocuparse de nuestra posición ante los demás, sino ante *lo* demás, incluyendo al entorno dentro de nuestra mirada cuidadosa. Igualmente, el *respeto*, que comenzando desde uno mismo debe extenderse hacia toda criatura viva, para las que éste es también su único planeta. El *compromiso* será la consecuencia del actuar responsablemente ante los desafíos ambientales, la *austeridad*, el revulsivo frente al consumismo, que nos conducirá hacia una vida más libre y sencilla; la *gratitud*, la respuesta ante un universo repleto de complejidad y belleza, etc. Todos los valores pueden transmitirse y aprenderse, y en ello la comunicación no verbal juega un importante papel, que marca una notable diferencia en la función que el profesor debe desempeñar.

Un profesor que imparta una asignatura técnica no tiene otra obligación que la de ser competente en su materia y saberla enseñar. Sin embargo, en las disciplinas orientadas hacia la vida, como la educación para la salud o la educación ambiental, la situación es muy diferente. No es tan importante saber mucho de lo que se transmite, como ser ejemplar sobre los contenidos que se imparten. Un profesor que pretende formar en salud, no puede hacerlo con un cigarrillo en la mano si no quiere echar a perder todo su mensaje. Ni un educador ambiental puede arrojar papeles a la calle, salir de caza los domingos o asistir a las corridas de toros. No se precisan, por tanto, “monitores” sino maestros, es decir, personas que hayan asumido unos valores y una forma de vida, que creen en lo que dicen y hacen lo que creen. Esta puede ser una de las razones de por qué la verdadera educación –la liberadora, en palabras de Freire- no se abre paso en las escuelas, sobradas de funcionarios obsesionados en cumplir sus programas y escasas en maestros ilusionados en preparar para la vida.

La educación ambiental no se quedará sólo en una educación en valores, sino que pretenderá alcanzar otro de los objetivos finales de Belgrado, las aptitudes, las competencias para la acción. Ciertamente, necesitamos buenos ciudadanos, personas con comportamientos responsables, que reciclen, ahorren agua y utilicen lámparas de bajo consumo, mas hoy esto no es suficiente. Se precisan personas con capacidad de intervención, con destrezas y competencias para intervenir socialmente, personas que sean capaces de liderar y participar en iniciativas sociales, sea escribir una carta a un periódico, intervenir en un acto público, adherirse a un grupo local o crearlo si fuera necesario, entrevistarse con responsables políticos, etc. De ahí el objetivo de que los programas ambientales no queden sólo en los conocimientos, sino que también lleguen a los procedimientos y valores. La parte procedimental es de las más importantes, ya que supone incorporar técnicas de apoyo (investigar, clasificar, debatir, expresar) necesarias para alcanzar los resultados esperados y para fortalecer las habilidades personales.

La educación ambiental debe ser transformadora. No hay escuela neutra –nuevamente Freire- y lo que no se haga para modificar el sistema lo está apuntalando. Ya se ha asumido que la educación ambiental es una vía para lograr el desarrollo sostenible, un

modelo muy diferente al que en este momento estamos inmersos. Por lo tanto nuestros contenidos y metodología deben apuntar a un modelo nuevo basado en la contención y la justicia. Nos hacemos eco de la propuesta de Meadows al señalar que la próxima revolución será silenciosa, y en este proyecto nuestro arma está en la educación y la cultura. Este perspectiva transformadora lleva a que la educación ambiental se nutra de las pedagogías más comprometidas, desde la activa, iniciada por María Montessori, que sitúa al alumno en el centro del proceso educativo, la pedagogía integral y dialógica de Giner, la social de Freinet, para el que la escuela no puede ser una isla de espaldas a la sociedad, la inconformista de Piaget, la objetora de Milani y la concienciadora y significativa de Pablo Freire, entre otros autores.

Por esta razón, también criticábamos el *folclore*, las actividades de un día, los “talleres” y, desde luego, el voluntariado, bálsamo para las conciencias que ofrece sólo a los participantes ejecución de proyectos sin participación en ninguna de sus otras fases (planificación, gestión, diseño, evaluación, toma de decisiones), además de brillar por su ausencia la formación política y militante. Con una sociedad civil tan débil como la española, se necesitan organismos y asociaciones donde las personas se integren y comprometan, dejando atrás esas propuestas *light*, típicas de la postmodernidad, de compromisos parciales y sin continuidad.

El educador ambiental debe saber aplicar los programas en función del colectivo al que se dirija. La escuela es, sin duda, un lugar importante en el que los profesores pueden “transversalizarla” e introducirla significativamente en los contenidos de sus materias. Las ecoesceulas, asimismo, son interesantes iniciativas en las que toda la comunidad educativa puede implicarse para conseguir centros ambientalmente mejores, dentro de procesos participativos en los que los alumnos juegan un papel primordial. Sin embargo, la educación ambiental no puede quedar restringida al ámbito escolar, pues los niños aprenden lo que viven (de los adultos), no son todavía responsables de los daños ambientales (sino los adultos) y de poco sirve que la escuela prepare si luego la sociedad no lo refuerza. En todo caso, la formación ambiental de los escolares no sólo tiene interés por los contenidos que aprenden, sino porque durante una determinada etapa (habitualmente por debajo de los 12 años) pueden convertirse en magníficos agentes sensibilizadores en el seno de sus familias.

La educación no formal constituye la otra vertiente a la que se debe orientar la educación ambiental. Todas las instituciones son susceptibles de convertirse en objetivo, como los partidos políticos, sindicatos, organismos económicos, universidad, colegios profesionales, medios de comunicación y asociaciones de todo ámbito, tal como recoge el Libro Blanco de la Educación Ambiental en España. Entre estos colectivos, las asociaciones revisten una importancia especial por constituir la base de la sociedad civil: vecinos, consumidores, amas de casa, juveniles, culturales, mayores..., todas ellas suponen espléndidos marcos a los que no sólo deben llevarse los mensajes ambientales, sino desde donde deben surgir futuros “educadores”, es decir, personas sensibilizadas dispuestas a continuar transmitiendo la llama a otros enclaves y colectivos. Porque la

cadena formativa debe continuar y porque es enseñando y transmitiendo como los educadores refuerzan su conciencia.

Según el contexto en el que se trabaje, la metodología y los contenidos variarán. En cuanto a los primeros, se escogerán técnicas participativas a través de las cuales los alumnos descubran la realidad y su problemática: lluvia de ideas, debates, trabajos en grupo, actividades prácticas..., todo debe contribuir a organizar el aprendizaje del que se derive la toma de conciencia. Y en cuanto a los contenidos, deben elegirse cercanos, motivadores, interesantes..., para que el trabajo sobre ellos resulte más útil.

De todas las asociaciones anteriormente citadas, las de mujeres revisten un interés especial. La mujer puede sufrir más los daños ambientales, pues tener más grasa corporal posibilita una acumulación mayor de productos tóxicos en su organismo. Es más propensa al síndrome de hipersensibilidad química, por causas aún no muy bien conocidas, y el cáncer de mama se relaciona, entre otros factores, con la exposición a algunos plaguicidas. Además, puede transmitir estos productos a un nuevo ser, como han demostrado estudios llevados a cabo en universidades españolas en donde el 100% de las placentas analizadas contenían compuestos xenobióticos. Estas consideraciones deben estimular el compromiso de las mujeres, generando un decisivo empuje en aquellas cosas que sienten como propias. Figuras como Vandana Shiva o Waangari Mathai, con sus correspondientes equipos, son ejemplos valerosos que muestran cómo la mujer puede proyectar su vocación natural de cuidadora, más allá de su círculo más inmediato y extendiendo su mirada hacia el planeta en su conjunto.

Es importante, finalmente, que el educador ambiental participe de proyectos de formación continua y que aprenda de los lugares y contextos donde desarrolle su actividad. Ir a los colectivos citados o a otras instituciones no es tanto llevar los mensajes, sino también escucharlos, haciendo del aprendizaje un acto compartido, donde se enseña aprendiendo y se aprende enseñando. El educador ambiental debe ser un comunicador de esperanza, porque aún estamos a tiempo de enderezar muchos errores, y un acicate a la participación e implicación de las personas para resolver los problemas que les afectan. En síntesis, un eslabón desde la vida y para la vida.